

ISABEL MUÑOZ CARAVACA, MAESTRA DE ATIENZA.

Por Tomás Gismera Velasco.



En los primeros días de septiembre de 1895 llegó a Atienza, para hacerse cargo de las escuelas de niñas, una nueva maestra, Isabel Muñoz Caravaca y Alonso de Acevedo, viuda, de 47 años de edad, y con un hijo, llamado Jorge.

Llegó para sustituir en el mismo puesto a doña Escolástica Téllez, que marchaba a

Extremadura, y compartiría su docencia en los primeros días con doña Telesfora Yubero quien, cuando doña Isabel se adaptó a su puesto pasó a dirigir la escuela de niñas de Aldeanueva de Atienza, en la sierra del Alto Rey.

Doña Isabel, desde Madrid, llegaba a una población en la que había de dejar una profunda huella: *“las personas se gastan rápidamente, yo cuando menos pertenezco a la historia local. Pero desde la historia podré aun ver a las que fueron mis alumnas aprovecharse de lo que fue el mas firme empeño por mi parte”*, escribió años después, y así debió de suceder.

La escuela de niñas se encontraba entonces en un viejo edificio junto a la muralla, justo encima del que hoy todavía se llama “puerta de las escuelas viejas”, paralela al arco de la Virgen. El edificio se encontraba justo a la izquierda del arco subiendo desde el barrio de San Gil, y aquel edificio, antes de dedicarse a escuela de niñas fue un antiguo telar al que se denominó la “fábrica”, edificio ya prácticamente ruinoso: *“Era una construcción tan rara que no tenía edad; había en ella tornapuntas y entarimados de hace cincuenta años, y sillarejos sentados hace siete siglos; era un caserón de varias épocas, apoyado en un lienzo de murallas que tuvo un metro y setenta y cinco centímetros largos de espesor. Se alzaba en el lienzo superior del lienzo de murallas, porque la inferior sirve para contener el terreno, y debió ser construido hace trescientos años. El interior era casi todo un salón destartalado”*.

En el edificio había vivienda para la maestra, aunque no tardaría, debido al estado del edificio, en pasar a residir a una nueva vivienda de alquiler, en la calle de la Zapatería, casi frente a la capilla de San Roque, (en la primera imagen, los balcones que siguen a la farola), en ella residiría hasta que dejó Atienza en 1910, y desde aquella casa enviaría sus escritos principalmente al semanario “Flores y Abejas” de Guadalajara. Casa cómodo, desde la que pudo ser testigo de primera mano de la vida social atencina, puesto que la calle era, sino la principal, una de las más transitadas de la población.

Llegaba para dirigir una escuela a la que acudían poco más de treinta niñas, puesto que en aquellos años la mujer todavía está siendo educada para ser ama de casa. Isabel luchará con todas sus fuerzas, incluso acudiendo de puerta en puerta para hablar personalmente con los padres, para que las niñas asistan con regularidad a la escuela,